

tan con mayor facilidad, y de las más perfectamente acordes con las civilizaciones avanzadas, en las que los delitos, robos latentes y legales, son denominados operaciones de Bolsa y de Alta Banca.

Los judíos son también en este extremo una prueba del progreso: progreso deplorable, es verdad, pero sin embargo efectivo, cuando se comparan estos delitos con los crímenes sanguinarios que se cometen á diario en los pueblos menos civilizados. Los israelitas representan en la criminalidad esa parte, que habrá de ofrecernos la época futura, y que comienza á despuntar hoy en Australia y en la América del Norte; en ningún caso llegan á ellos á la criminalidad premeditada y sanguinaria, demostrada por sus enemigos en el caso Dreyffus, en el que no solamente no retrocedieron ante la calumnia, sino ante la falsedad y acaso el asesinato; todo *ad Dei majorem gloriam*; tantos crímenes que, sin la iniciativa de un genio ilustre, Emilio Zola, quedarían no ya impunes, sino hasta glorificados y triunfantes, arrojando una deshonrosa mancha, más infamante que todos los crímenes juntos, sobre la frente de la noble Nación Francesa.

## CAPÍTULO XI

### PROFILASIS DEL ANTISEMITISMO

Mr. Birnbaum (1), filántropo distinguido aunque exaltado filosemita, se ha propuesto favorecer la colonización de los judíos en Palestina. Encontró partidarios de sus ideas en Austria, fundando periódicos é implantando ricas y numerosas asociaciones que crearon una docena de colonias. Después Th. Herrl y Max Nordau, recogiendo de nue-

---

(1) BIRNBAUM, *Zionismus*, Viena, 1893.—LINSKER, *Autoemancipation*, Odesa, 1884.

vo la idea, han propagado el Sionismo en igual sentido.

Ahora bien, debe decirse que se sabe que una parte considerable de la Palestina está reducida á un desierto, que sólo es rica en tradiciones y que, únicamente á fuerza de enormes capitales, produciría apenas lo suficiente para la vida de los colonos. Es además un desierto expuesto á frecuentes invasiones de tribus semi-salvajes, y como por otra parte, después de la crucifixión y muerte de Cristo han consagrado esta tierra los adeptos de otras religiones, los cristianos, griegos, cismáticos y calvinistas, todos se disputan sus fragmentos. Todas estas sectas gozan de la paz delante del apático musulmán, que vive y deja vivir, mas no podrían acomodarse fácilmente á la dominación judía, que oponiendo un fanatismo á otro fanatismo, no haría más que avivarlo, centuplicarlo, profanando con sola su presencia el elemento místico.

Es necesario suponer que solamente una pequeña parte de los judíos, los rusos y los rumanos, se sentirían atraídos hacia aquellas tierras, tal vez de una manera totalmente teórica, soñando como Petrarca soñaba con su Laura, veinte años después de su

muerte, que esos parajes no son su patria, y viéndose embarazados si se les sujetaba á su idioma. Los que representan el espíritu moderno en toda su esencia, rehusarían ciertamente volver á la antigua barbarie (y ¡qué barbarie!), que reina todavía como única soberana en la Judea moderna.

Hemos notado anteriormente que, bajo el punto de vista antropológico y moral, como respecto del traje y del lenguaje, el judío tiene siempre por modelos á las naciones en que vive, adoptando sus inclinaciones, sus costumbres y conservándolas después durante largo tiempo; el judío hállase siempre influído por el espíritu dominante del país. Este espíritu que le mantiene unido, hace muchos años, exclusivamente á las ideas de los pueblos modernos, obligale en lo sucesivo á adoptarlas con una tenacidad tanto mayor cuanto es más prolongada su permanencia en ellos. Así, en Italia, los judíos son venecianos en Venecia, piamonteses en el Piamonte (consúltese anteriormente). ¿Cómo podrían hoy acomodarse á una patria nueva, á la Judea? ¿Cómo les sería posible abandonar sin protesta las tierras que habitan, sin esperar volver nunca á ellas? Yo no aceptaría, en virtud de estas razones, el Sionismo,

más que para aquellos israelitas á los cuales se niega estúpidamente una patria y que por esto mismo han menester de una á la que amar; mas esta patria puede ser concebida y realizada sin la idea de una demarcación aduanera, etc., y multiplicando los centros comerciales por la emigración no solamente en Palestina, sino en Australia, América, etc.

Yo juzgo que uno de los medios, acaso el más seguro para resolver la cuestión antisemita, sería desembarazar de esa manera los lugares en que la población judía es demasiado densa, precisamente como se verifica para las epidemias. Adviértese sin embargo que ese despoblamiento no contribuye á amainar el movimiento de la civilización, en que los judíos intervienen tanto. No sería ciertamente tampoco favorecer el progreso moderno, sinó más bien retardarlo, enviarles á aquel país, en el que nada ó casi nada progresaron durante largos siglos, donde les fué imposible sufrir las influencias étnica y climática y donde ellos no presentan pruebas más que de una civilización todavía problemática.

¿Qué agricultores harían los comisionistas, joyeros y taberneros?, además: ¿qué te-

reno laborable podría suministrar el desierto calcáreo de Palestina? (1)

Comprendo que con la fe de los Mormones ellos harían lo que estos últimos han hecho en el otro lado del Océano.

Empero la fe del judío languidece como la de otros pueblos, fáltale aquel entusiasmo que obra milagros, sin tener en cuenta además que los verdaderos creyentes son los menos instruidos, y por consiguiente los más ineptos para fecundar una tierra tan poco propicia.

Si hubiera de realizarse una emigración seria, debería dirigirse hacia los centros más modernos, por ejemplo, hacia la Australia y la América del Norte ó del Sur. Podría reservarse exclusivamente para esa pseudo-idílica colonia de Palestina, á los fanáticos inveterados de los pueblos esclavos, que re-

(1) Debo confesar que informaciones ulteriores sobre las colonias sionistas contradicen las ideas emitidas por mí hace algunos años, porque ellas practican ahora la verdadera agricultura, modernizada con las máquinas perfeccionadas de las cooperativas, con las tendencias colectivistas sin descuidar la más amplia cultura intelectual. (Das Welt, 18 de Mayo). Me congratulo de haber sido contradicho en esta cuestión por semejantes hechos.

huyen todo progreso y deliran aún muy seriamente con el reino de Sión.

Una medida más segura, si bien antipática á los semitas que no satisfarían entonces en modo alguno su odio, sería conceder la mayor igualdad política á los judíos.

Hemos visto que sus hábitos usureros y sus tendencias á una capitalización excesiva desaparecen allí donde se les permite emprender otra carrera, borrándose al propio tiempo las causas de envidia, los perjuicios que les crean sus profesiones.

La fusión se haría poco á poco en las naciones más antisemitas, de igual suerte que se ha realizado en Italia y Hungría; los pueblos utilizarían entonces los tesoros de inteligencia, que se pierden por una simple cuestión de bautismo.

Cuando se recuerdan los grandes hombres que los judíos han dado en Alemania á las ciencias médicas, como Traube, Conheim, Casper; cuando se recuerda la absurda ley, que no permitía á un hombre hacerse simple profesor, por la sola razón de tener sangre judía, como si la teoría celular fuera diversa para un israelita y para un protestante y como si el microtomio diera golpes diferentes en las manos de un ortodoxo, en-

tonces sí que puede preguntarse si hemos retrocedido más allá de los tiempos medievales, bajo semejantes relaciones.

Sería asimismo conveniente demostrar á los judíos, que muchos de sus ritos pertenecen á otra época y que por sus añejas extravagancias (por ejemplo, el ayuno, la circuncisión), han despertado en los profanos una repugnancia instintiva. Siendo todas las religiones modificadas en su esencia, no menos que en la forma, ¿por qué ellos no habrían de modificar la suya, siquiera fuera en las prácticas exteriores?

¿Por qué no renunciar á la circuncisión, esa mutilación salvaje, á los múltiples fetiquismos de la Escritura Santa, cuyos pasajes y versión esparcen por sus habitaciones, llegando á cubrir sus cuerpos con ellos, á modo de amuletos, sin pensar que únicamente son restos de la antigua veneración que profesaban los primeros hombres y todavía hoy, los salvajes, por las fórmulas escritas?

Esto acaecería de igual manera que ellos abandonan á los extranjeros el uso litúrgico del hebreo, persuadiéndose que el buen Dios sabrá comprender sus preces en todos los idiomas.

Si, á mayor abundamiento, se facilitasen los matrimonios, haciendo además comunes los cementerios y hospitales, las divergencias se desvanecerían por sí mismas ante la enfermedad, el amor y el sepulcro, siendo entonces una realidad la fusión común que, al menos por su parte, no debería encontrar obstáculos.

A su vez, los cristianos habían de acordarse de la máxima más predicada por Cristo, la del perdón, dando fin de buen grado á su sed de venganza, contraria á su doctrina y atentatoria contra personas inocentes de su cruel y único martirio.

Si la civilización va allanando paulatinamente las diferencias creadas por la nobleza, el capital y la sangre, ¿cómo había de dejar subsistir las que provienen del fanatismo religioso?

El antisemitismo es desgraciadamente un fenómeno atávico que ha encontrado arraigo en las más rastreras y desconsoladoras pasiones de la humanidad; yo temo muy mucho que cuide poco de los avisos de la ciencia y desatienda los progresos de la civilización, que pueden influir sobre la razón, pero escasamente sobre las pasiones. Añadamos que en los gobiernos fundamentados

en el sufragio universal, las masas inferiores tienden siempre á prevalecer; así un judío de elevado mérito tiene en todo tiempo menos probabilidades de ingresar en una corporación ilustre, que un noble que cuenta todavía en su favor con el viejo respeto que, las masas vulgares han guardado á la nobleza desde los tiempos feudales. Igualmente el que agite la bandera del antisemitismo, aunque sea un desequilibrado como Alhwardt, acaso más exaltado que él, puede encontrar una acogida favorable. La cuestión se encuentra pues, por el momento, en un callejón sin salida. Solamente podrían ser exceptuados los países del Norte, en los que la fase epidémica, actualmente en plena crisis aguda, está acaso llamada á desaparecer como se borra toda forma aguda en las epidemias intermitentes.

Yo creo que la verdadera y la única solución sería un avenimiento entre judíos y cristianos, que elevándose de mutuo acuerdo por encima de prejuicios comunes, convergieran hacia una religión nueva, que no habría de ser la del Vaticano, ni la antigua judaica, que respetaría los descubrimientos científicos, adoptando por estandarte las novísimas ideas sociológicas explicadas ya

por Cristo, formando en una palabra, un Neo-Cristianismo socialista en el que podrían agruparse sin sonrojos y con toda libertad, de un lado los judíos despojados de sus viejos ritos, de otro los cristianos desembarazados de sus odios y supersticiones anti-científicas.

Verdad es que siendo la emoción, el fundamento de la religión, nuestra actual indiferencia dificulta la creación de una nueva, no permitiendo apenas que se extiendan las antiguas: la pasión y por consiguiente, la fe religiosa no se hallan, sin embargo, extinguidas entre las razas del Norte, y menos en la anglo-sajona.

Nuestras razas han menester, pensamos nosotros, de las modernas doctrinas socialistas, hoy nacientes, que, semejantes á las religiones nuevas, contribuyen ya á desvanecer las causas de delito, desarrollando entre sus adeptos neófitos los elementos de solidaridad, y suscitando por todas partes un ideal nuevo, un novísimo caudal de impresionabilidad que, hallando un incremento en las aspiraciones de las gentes pobres y explotadas hacia mejores destinos, podrían favorecer la formación de una religión novísima y disipar los sanguinarios vapores del antisemitismo y la anarquía.

Finalmente, los modernos descubrimientos sobre el hipnotismo, el espiritismo y la mediumnidad, que nos permiten cada día entrever nuevos é inexplorados horizontes, parecen realizados para preparar ese conjunto de fenómenos maravillosos y poco comprensibles, que han sido siempre la base de todo culto nuevo. Acaso veríase en esta ocasión á los sabios hacer por primera vez causa común con las masas.